



MES DE MARZO.

Era entre los romanos el mes de *Marzo* el primero con que daba principio el año, hasta que Numa Pompilio alteró esta práctica dedicando al Dios Jano el mes de Enero, con el nombre de *Januarius*, que con sus atributos de dos caras parecía mirar con una al que salía y con la otra al que entraba. También fué añadido el de Febrero al calendario de Rómulo, consagrándole á *Februus*, deidad que presidía á las purificaciones allí establecidas; aunque no faltan historiadores que hacen derivar su etimología de *Dea Februa*, ó diosa Juno, á quien se daba tal título.

El de *Marzo*, del cual vamos á ocuparnos, considerándole bajo los aspectos etimológico, religioso, astronómico é histórico, tomó su

nombre del dios Marte, y estaba dedicado á la diosa Minerva.

Le representaba la figura de un hombre cubierto con pieles de lobo, alusivo á la hembra del mismo animal que lactó á Rómulo en su infancia. A su lado se veía un macho cabrío, una golondrina y otros atributos que denotaban la proximidad de la primavera. Los modernos le simbolizan de otro modo: por medio de un guerrero de aspecto amenazante, dispersos los cabellos, que flotan sobre su ropaje, sacudidos por el viento que en esta época del año es frecuente, con una golondrina en la mano y una planta de violetas á los pies.

El sol entra en este mes en el signo de *Aries*, uno de los doce del Zodiaco, que puede imaginarse

como una gran faja desplegada en la esfera en forma circular, y cuyo espacio recorren los planetas, ya acercándose, ya alejándose del Ecuador. La mitad de este gran círculo corresponde á la parte septentrional de la esfera, y la otra mitad á la parte meridional.

La elíptica cruza á lo largo por el centro, y toda esta banda la pueblan infinidad de estrellas, en diversos grupos que guarnecen el círculo del *Zodiaco*, conociéndose bajo el título de *constelaciones* y con los nombres, á contar desde Marzo, de *Aries*, *Tauro*, *Géminis*, *Cáncer*, *Leo*, *Virgo*, *Libra*, *Escorpión*, *Sagitario*, *Capricornio*, *Acuario* y *Piscis*.

Considerado este mes bajo su aspecto religioso, el día en que comienza debe llamar poderosamente la atención de la niñez la idea profundamente moral que encierra, la protección que el Sumo Hacedor dispensa á los mortales, pues desde el momento que nace el Sér inteligente, le destina un Ángel que le sirve de guía en todos los actos de su vida.

Guarda celoso de la salud de nuestras almas, al que los niños deben profesar devoción especial, puesto que está siempre atento á su invocación, y por medios tan indirectos como misteriosos é incomprendibles á su limitada inteligencia, los precave del peligro y los

alienta en la virtud, sin abandonarlos en ningún caso.

Es conveniente inculcar esta consoladora creencia en la niñez, como un poderoso estímulo para que persevere en las buenas inclinaciones; porque ¡cuántos actos reprobados por la religión y la moral se evitarían con el convencimiento de que ese vigilante fiel y perfecto les sigue, les observa, les mira y les acecha á cada instante! ¡Quién no se habrá estremecido en su infancia ante el temor de ver descubierta la más inocente travesura! Pues si la presencia de un padre, de un maestro, de un amigo y hasta la de un extraño nos contiene, nos aparta, nos desvía y aleja de la senda del vicio que conduce á la perdición, con mucho más motivo debe el niño sujetar sus malas inclinaciones y sus frívolos caprichos, al contemplar con la imaginación cerca de él á un sér perfecto y lleno de gracia que ve todos sus actos y lee sus pensamientos.

Por fin, pasando con rapidez la vista por las páginas de la historia, las fechas más memorables que en el mes de *Marzo* se encuentran, son los siguientes: La conquista de Cuenca, por D. Alfonso VIII de Castilla, en el año 1117.— Muerte en León de la reina Doña Urraca, en 1126.— Derrota del rey moro Zaen en Valencia, en 1238.— Entrada triunfal de D. Pedro de Aragón

en Régio, en 1283.—Toma de la plaza de Algeciras, por Alfonso XI de Castilla, en 1344.—Casamiento de D. Juan I, con Doña Matea de Armenac, en 1372.—Batalla de Toro, decidida en favor de los castellanos, en 1476.—El emperador Carlos V, pone en libertad á Francisco I de Francia, en 1527.—Muerte del general español Requesens, Gobernador de los Países Bajos, en 1576.—Nace en Granada el célebre pintor Alonso Cano, en 1601.—Y en Avila en igual mes de 1614, el renombrado Carreño.—Muerte de Felipe III, rey de España, en 1621.—Canonización de la insigne española Teresa de Jesús, en 1621.—D. Juan de Alvarado, Gobernador de Larache, derrota á los moros en 1666.—Nace en Madrid el popular escritor dramático D. Ramon de la Cruz, en 1731.—En Bilbao el notable marino Mazarredo, en 1745.—

El pintor Goya en Aragon, en 1746.—D. Leandro Fernandez Moratin en Madrid, en 1760, y en Cartagena, el notable actor Maiquez, en 1768.—Se erige en catedral la iglesia de Tudela, en 1783.—Muerte del Emperador de Alemania, Leopoldo II, en 1792.—En Cádiz el Almirante Gravina, en 1806.—Nace en Madrid el poeta Larra (Figaro), en 1809.—Victoria de los españoles contra los franceses en Chiclana, en 1811.—Muerte del marino y matemático Mendoza de los Rios, en 1815.—Abandona la isla de Elva Napoleon I, en 1815.—Muerte del poeta Quintana, en 1857.—Y última batalla en Africa por los españoles, en 1860.—Otros sucesos pudiéramos añadir, que por ser contemporáneos y por no hacer más extenso este artículo omitimos.

MANUEL JOAQUIN PASCUAL.

1.º Marzo 1879.

CARTAS Á UN NIÑO

SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA.

(Continuacion.)

V.

Si el hombre viviera aislado dentro de la sociedad, habia de verse muy comprometido para la satis-

faccion de sus menores necesidades. En primer lugar, para que el hombre se proporcione el alimento necesario, ha de producirlo ó ha de comprarlo. Aislado de los demas

hombres, no puede verificar lo segundo, y tiene por consecuencia que concretarse á lo primero. Esto es evidente; pero ¿podrá el hombre sólo en la hipótesis que persigo, atender á la siembra de diferentes vegetales, regar sus sembrados y recolectar sus productos? Aun reducido á los alimentos más sencillos, ¿podrá proporcionarse leña, agua, sal y tantas otras cosas necesarias en la cocina más modesta? Concederé que sí, para que veas que no trato de negar concesiones. Pero el hombre en cuestion necesita cobijarse bajo techado, y las reparaciones que haga en su choza, aún pudiéndolas hacer sin auxilio ajeno, le arrebatarán un tiempo que reclaman el huerto que cultiva, el monte que le da leña y el río que le surte de agua.

Además de que ocupado en estos menesteres, ya comprenderás que no podrá cuidar mucho del aseo de su persona y tendria que vestir la histórica hoja de parra, único traje que le sería posible estrenar con frecuencia, á ménos de sembrar cáñamo, hilarlo, coserlo despues y ser al propio tiempo labrador, carbonero, aguador, albañil, hilandero, zapatero y sastre. Dice un refran castellano que quien mucho abarca poco aprieta, y la vida del hombre que te he descrito sería una palmaria confirmacion de ello.

Esto te prueba que la sociedad es

un inmenso *mercado* donde cada uno vende lo que le sobra y compra lo que le falta. Y con esto he llegado al objeto principal de esta carta, que procuraré explicar con la claridad que me he propuesto.

Digo que el mundo es un inmenso mercado y que todos los hombres son comerciantes, y estoy viendo que te sonries maliciosamente como dudando de la verdad de mis palabras. Comprendo tu idea é insisto en la mia.

—Pues qué, me preguntas admirado, ¿es comerciante acaso mi papá?

—Sí tal, te responderé: tu papá, que tiene una gran riqueza de instruccion, la vende, y á buen precio por cierto: si no la vendiera os moririais de hambre en vuestra casa. Sólo que no la vende directamente al mismo que os surte, por ejemplo, de garbanzos: la riqueza de tu padre la compran los estudiantes, asistan á la escuela ó no; éstos, que la adquieren para revenderla á su vez, entregan á tu papá en compensacion una cantidad de dinero que pasa ántes por las arcas del Tesoro, dejando algo en ellas. Tu papá distribuye ese dinero dando una parte de él, que representa una parte de instruccion, al propietario de la casa que habitais; otra parte al carbonero; otra al comerciante de ultramarinos, y otras muchas á las diferentes personas que venden toda

clase de géneros ó solamente su trabajo personal, como el criado, la portera ó el mozo de cuerda.

Fíjate ahora en cualquier otro caso práctico. El labrador produce una gran cantidad de trigo: parte de ella le es necesaria y no puede ni debe venderla; pero toda la demás que la reclama el mercado social la vende para comprarse la yunta que facilita su trabajo, el arado con que rompe la dura tierra, el traje que le cubre, la cabaña que le guarece y los alimentos que han de acompañar al trigo que se reserva, como queda dicho.

Quede, pues, sentado, si te place, que la sociedad no es más que un mercado, y que en dicho mercado deben considerarse dos cosas: la *demanda* y la *oferta*.

Demanda es, como te lo prueba su etimología latina, la suma ó conjunto de artículos que pide, necesita ó exige el consumo.

Oferta es la suma ó conjunto de artículos que constituyen el mercado.

Recordarás que en mi última carta te hablé del *valor*, y quedamos convenidos en que éste no existía mientras los objetos no tuvieran limitación. Me alegro mucho de que lo recuerdes, porque me viene de molde tu buena memoria para que comprendas ahora un principio en que quiero iniciarte, y es la relación íntima que existe entre la oferta,

la demanda y el valor. Con efecto, si el mercado lo constituyera una cosa ilimitada, el aire, por ejemplo, ¿tendría muchos compradores? De fijo que no. Si en lugar de esto estuviera limitado el producto en venta, nacería como sabes el valor, que sería tanto mayor cuanto menos abundante fuera aquél. Eso te explica por qué vale más el salmon que las sardinas, y por qué el vino de Valdepeñas y Aragon es más barato que el Champagne, cuya producción es más limitada.

Figúrate ahora por un momento que las plazuelas y comercios se llenan de salmon repentinamente. Sucederá una cosa muy natural. Al principio abaratará algo para llamar compradores; conforme vayan éstos cansándose de salmon, este alimento será menos buscado, y los comerciantes se verán obligados á bajar más su precio para que las personas que no podían pagarlo á cuatro lo compren á tres, á dos ó á uno.

El valor, por lo tanto, se halla en relación directa con la demanda é inversa con la oferta. Más claro: si hay poco salmon de venta y muchos que desean comprarlo, su valor será muy crecido: si hay mucho salmon de venta y pocos que lo deseen, su valor llegará á ser insignificante.

Si aún abrigaras alguna duda sobre este asunto, compra un objeto cualquiera y vete á venderlo inme-



diatamente á otra parte. Al comprarlo, tu demanda presta valor al objeto; al venderlo, tu oferta se lo roba. La relacion entre la oferta, la demanda y el valor te llegaria á arruinar, aunque fueras un Creso, si no me creyeses bajo mi palabra.

En mi próxima carta seguiré ex-

planando esta materia; para cerrar ésta, quiero repetirte que *el valor está en relacion directa con la demanda é inversa con la oferta.*

Conviene que no lo olvides.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL SECRETO DEL PLACER.

Sin ganas de ir á clase
Se levanta Juanito una mañana,
Y en la alcoba cercana
A su madre visita,
Diciéndola mimoso:—Mamaita,
La leccion que hoy me toca,
Por lo larga y difícil me sofoca,
Me duele la cabeza, y yo querria
Hoy descansar jugando todo el dia.
Atenta á sus razones,
La madre le contempla breve instante,
Observa su semblante,
En él no ve señal de mal alguno,
Y por esto deduce que es un tuno.
—Si estás malo, le dice sonriendo,
Porque te han levantado,
Te acostaré corriendo,
Que es preciso que estés quieto y callado.
—No, replica Juanito,
Si no estoy tan malito;
Con jugar todo el dia
Y distraerme un poco curaria.
La madre bien le entiende,
Y por más que comprende
Que es de niño holgazan, sólo una treta
Aprueba tal receta,
Y permiso le da de estarse en casa,
Para jugar y revolver sin tasa.

Ya con este permiso,
Gozoso cual ninguno
Sus juguetes repasa uno por uno,
Que jugar es preciso
Con los más celebrados
Que tiene en los armarios encerrados.
Saca varias cajitas,
Un sable y un fusil, muchos peones,
Y otros mil cachivaches á montones,
Y éste deja, este toma,
Toda la casa invade,
Sin encontrar ninguno que le agrade.
Así se pasa el dia,
Y vuelven del colegio sus hermanos,
Y mientras él de todo se aburria,
Ellos para jugar no tienen manos.
Juanito que los mira,
Sin comprender su afan por los juguetes,
Al verlos tan gozosos arde en ira
Y se va de su lado,
Buscando á su mamá mal humorado.
—Ves, le dice su madre, yo sabia
Que esto te iba á pasar, leccion recibe
Y en la memoria la enseñanza escribe.
*El placer, como el pan, hay que ganarle,
Pues no se gusta bien sin desearle.*

FERNANDO HIDALGO SAAVEDRA.

LA VÍRGEN DE LAS MERCEDES.

Va la niña Margarita
Muy de mañana á la fuente,
Y lleva su cantarico
Pintado de blanco y verde.
En sus rosadas mejillas,
Y en sus ojitos alegres,
Se ve la tierna expresion
De un corazon inocente.
La fuente está de la aldea
Un largo paseo, y tiene
Que atravesar la montaña
Que áspera al valle descende,
Pues brota la fuentecilla
De una loma en las vertientes.
Aunque atraviesa solita
El largo camino, vuelve
Sin que el perro del ganado,
Que por el monte se extiende,
Le ladre una sola vez,
Sin que ni asustarla intente,
Sin que el lindo cantarico
En las rocas se le quiebre,
Y es tan dichosa, que nunca,
Nunca el agua se le vierte.
Y es que á la niña acompaña
La Virgen de las Mercedes,
A la que muy á menudo
Reza salves entre dientes.

—
Cuando el sol sus rayos de oro
Entre hojas y flores teje,
Dando vigor á las plantas
Y abrigando el ambiente,
Va la niña á la pradera
Con doce cabras que tiene,
Para que con fresca yerba
Y lentisco se alimenten.
Y desde allí las conduce
Al arroyo donde beben,
Y sentada en una piedra
Mirándolas se entretiene.
Y es tan feliz con sus cabras,
Y tiene tan buena suerte,

Que jamás ninguna de ellas
Ha visto que se despeñe,
Y ninguna se le encoja
Y ninguna se le pierde,
Porque es la niña tan buena
Y reza tanto, que siempre,
Con cariño la acompaña
La Virgen de las Mercedes.

—
Cuando la noche sombría
Sus negros crespones tiende,
Y el aire húmedo y sutil
Las rizadas hojas mece.
En esas horas de calma
En que la natura duerme,
Embozada en el misterio
Que enamorado la envuelve,
Rezando sus oraciones
La niña, que ángel parece,
Se acuesta en su humilde lecho
Tan contenta, tan alegre,
Que entregada al blando sueño
Muestra su faz sonriente,
Sin que en sueños agitados
A ahuyentar su calma lleguen,
Sin que el zumbido del viento
La atemorice y despierte,
Que vela á su cabecera
La Virgen de las Mercedes.

—
Con el alba se levanta,
Reza y al trabajo vuelve.
Y rezando y trabajando
Es feliz, y á ser aprende
Angel del hogar, cristiana,
Trabajadora y creyente:
Que el que á la madre de Dios
Eleva sus tiernas preces,
Y el bien busca en el trabajo
Cumpliendo con sus deberes,
Tiene por fiel compañera
La Virgen de las Mercedes.

MANUEL GENARO RENTERO.



Los niños deben desde sus más tiernos años acostumbrarse á la idea de la desgracia. ¡Quién sabe las que puede tenerles encerrado el porvenir!

Buena prueba de esto es la familia que ha retratado el dibujante al frente de estos renglones. La guerra civil llamó un día á la puerta de su casa, reclamando una víctima, y el padre de las dos tiernas niñas, Isabel y Clara, pereció en los campos de batalla. La desconsolada viuda tuvo que vender su pobre ajuar; redujose al trabajo de sus manos para sustentar á las niñas huérfanas, y sólo pudo conseguirlo perdiendo la vista y la salud en largas noches y tristes dias consagrados á la costura. Isabel, que era

la niña mayorcita, la auxiliaba en el arreglo de la casa; pero la desgracia no se habia cansado de perseguirlas, y una caída por la escalera la fracturó una pierna. Hoy puede ya andar con el auxilio de una muleta y es posible que quede buena del todo; pero Clarita, la niña mayor, se ha visto atacada de calenturas, y la pobre madre, inmóvil junto á la cuna, no da descanso á sus lágrimas.

¡Cuántas y cuántas desdichas análogas ocurrirán junto á vosotros sin que siquiera lo advirtais! Por eso, niños míos, debeis acudir siempre á las necesidades de vuestros prójimos en la medida de vuestras fuerzas, y desde el instante en que os sean conocidas.



PEDRO EL GALLEGUITO.

—Papá, papá, nos contarás un cuento esta noche, ¿no es cierto?

—Sí, hijos míos, os contaré un cuentecito, porque habeis sido buenos y habeis dado bien la lección.

—Mira, papá, yo quiero un cuento de princesas.

—No quieras, papá; esos cuentos son muy feos: son más bonitos los de los soldados que van á la guerra y matan muchos moros.

—No quiero, papá; han de ser princesas, no le hagas caso á Carlos.

—Que sea de soldados, papá; déjala á María.

—Bien, hijos míos; no alboroteis

tanto, yo os contaré dos cuentos, uno de princesas y otro de soldados; pero otra noche, no ésta.

—Eso es; ¿pues no nos habias dicho que nos contarías uno esta noche?....

—Sí, hijos míos, sí; os contaré el del galleguito.

Este diálogo sostenian Pedro y sus dos hijos, Carlos y María, en una cruda noche de invierno.

Sentados alrededor del hogar y mientras Antonia, la mujer de Pedro, se ocupaba en coser una camisa de su marido, los niños pedían á gritos un cuento á su padre.

—¿Y es bonito ese cuento, papá?

—Sí, hijo mio, muy bonito; ahora verás.

Pues señor: en una miserable aldea de Galicia, habia una familia muy pobre y muy numerosa, compuesta de los padres y siete hermanitos, de los cuales, Pedro, el mayor, tenía 13 años.

La pobreza les hacia sufrir muchas privaciones, y más de una noche se acostó sin cenar toda la familia.

Cuando Pedro llegó á cumplir los 14 años, empezó á pensar muy formalmente en el porvenir, y despues de haber reflexionado sobre ello, se decidió por fin á tomar una resolucion que tuviera por objeto mejorar la suerte de sus padres.

Una vez tomado su partido, una noche despues de cenar un miserable pote de berzas y nabos, acompañado de algunos trozos de *borona*, Pedro les dijo á sus padres: ya soy un hombrecito, tengo muchos hermanos, Vds. son ya viejos y debo pensar en la familia; en su consecuencia, dentro de algunos días me voy á la Coruña, y en el primer buque que salga para la Habana me marchó de criado, si me admiten, á buscar fortuna como hacen otros.

—¿Y si te mueres, hijo mio? dijo su madre.

—No hay cuidado madre, no hay cuidado; Santiago, nuestro patron,

velará por mí y me dará la suerte que busco.

Aquella noche lloraron mucho los padres de Pedro y trataron de disuadirle; pero la resolucion de éste era inquebrantable, y por otro lado la miseria llamaba á las puertas de su casa, y aunque de muy mala gana, le dieron por fin permiso para partir.

A los tres días, y despues de haber recibido la bendicion de su anciano padre, salió el galleguito muy de mañana con su palo al hombro y en él un pañuelo con su ropa, no sin haber ántes llorado mucho; pero decidido á probar fortuna á fin de aliviar la suerte de sus padres.

Su madre y sus hermanos le acompañaron llorando hasta la salida de la aldea, y le siguieron con la vista hasta que se perdió tras una colina.

Cuando Pedro se vió solo en el campo y á bastante distancia de la aldea, se arrodilló y rezó fervorosamente á Santiago, pidiéndole que velara por su familia durante su ausencia; y tranquilo despues de su oracion, encaminóse directamente á la Coruña, ciudad distante cuatro leguas de su aldea; al anochecer llegó á esta poblacion, y á la mañana siguiente, despues de haber pasado la noche en el pórtico de una iglesia, se dirigió al muelle y encontró un buque de vela, propiedad de un antiguo amigo de su padre que se

habia enriquecido en América, y en el cual le admitieron como criado.

A los dos dias zarpó el buque con direccion á América, y Pedro hizo su viaje, siendo en el trayecto el criado de todos los marineros; y despues de una travesía de un mes llegó á la Habana...

—¿Dónde está la Habana, papá?

—La Habana se halla en América, y es la capital de la isla de Cuba, una de las mejores Antillas.

—¿Y está muy léjos, dí?

—Mucho más de mil leguas.

—Y dime, papá, ¿es en la Habana donde hay muchos negros?

—Sí, hijo mio, sí.

—¿Y qué hacen allí?

—Se ocupan en los más rudos trabajos, y ellos son los que en los ingenios siembran el tabaco, el café y el azúcar.

—¿Y qué le sucedió al galleguito cuando llegó á la Habana? conocería á alguno allí.

—Sí, hijo mio, conocia á un paisano suyo, á cuya casa fué mientras encontró colocacion.

—¿Y la encontró?

—No muy buena; pero halló una en la casa de un rico comerciante en ferretería, en la cual estuvo algun tiempo.

—¡Pobre Pedro!

—¡Sí, hijos mios, sí, pobre Pedro! trabajando más que los negros, sólo en sus padres pensaba, y más de una vez, al recordar la aldea donde

nació, lágrimas de pena se escapaban de sus ojos, y un suspiro de amor exhalaba su pecho.

—Oye, papá, ¿y qué era mientras tanto de los padres y los hermanitos de Pedro?

—¿Qué habia de ser? más miserables cada dia y siempre pensando en su querido hijo, pasaban los dias mirando hácia el camino de la Coruña, esperando que el ordinario les trajera noticias suyas, y las noches las empleaban en rezar por el ausente.

Así trascurrieron diez años, diez largos años de miseria y angustia: alguna vez el correo les traía una carta de Pedro, y aquel dia iban á buscar al cura para que la leyera, y derramaban á torrentes lágrimas de alegría, al saber que su hijo estaba bueno y que pronto volverian á verle.

Por fin una tarde, cuando el esquiloncillo de la aldea llamaba á los fieles á la oracion y la luna empezaba á alumbrar los campos, bañándolos en una atmósfera de plata, los padres de Pedro vieron venir por el camino de la Coruña un viajero que, con su palo al hombro caminaba en direccion á la aldea; al verle, el corazon de los amantes padres empezó á palpar con violencia, y sin saber por qué, echaron á correr hácia el caminante...

—¿Y qué sucedió, papá?

—Sucedió... que aquel viajero

era Pedro, Pedro el galleguito, que tras diez años de ausencia y sufrimientos, volvía á su aldea con tres mil duros reunidos á costa de privaciones y ganados con los más rudos trabajos.

—¡Qué felices serian sus padres! ¿verdad, papá?

—Sí, Cárlos, muy felices: desde aquel día la miseria no volvió más á casa de Pedro el galleguito, y los tres mil duros, invertidos en tierras y vacas, le proporcionaron una existencia dichosa y desahogada, y una tranquila vejez para sus padres, á los cuales vió morir bendiciéndole.

—¿Y qué fué de Pedro, papá?

—Se casó y vivió muy feliz, porque Dios, en premio de lo bueno que había sido para sus padres, le dió una esposa tan buena como la mía, y unos hijos tan obedientes y tan aplicados como vosotros.

—Escucha, papá; ¿vive todavía Pedro el galleguito?

—Sí, hijos míos, sí, vive todavía y está á vuestro lado, porque Pedro, el gallego que abandonó su aldea buscando una fortuna para sus padres era yo; decidme ahora, hijos míos, ¿no es verdad que mejor que los cuentos de princesas y de soldados es el cuento de Pedro el galleguito?

VENTURA MAYORGA.

CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS SOBRE HISTORIA SAGRADA.

CONVERSACION SEGUNDA.

(Continuacion.)

Llegamos, queridos niños, á uno de los momentos más importantes de la creacion, al fin, al objeto que se proponía Dios al crear tantas cosas como las que acabamos de admirar: todas salieron de su poderosa mano para que sirvieran de utilidad y recreo al que iba á salir, fijaos bien, niños míos, del *limo ó barro de la tierra*; porque de esta materia tan humilde, tan frágil,

formó al hombre en el día sexto inspirándole soplo de vida, es decir, revistiéndole un alma inmortal á imágen y semejanza de Dios. Ahora observemos cómo está formado vuestro cuerpo en su distribucion admirable, su vida, proporciones y simetría, sin pararnos más que en lo exterior; despues veamos cómo respira, se mueve y piensa; y todo esto no tiene más origen que un

poco de polvo y la palabra del Señor, aparte del alma inmortal que le eleva sobre todas las criaturas; preciso es confesar aquí cuán débil y pobre es nuestra razón ante las obras de sus manos, que no se abren sino para hacer prodigios.

Luégo que Adán se admiró de sí mismo y del rico y hermoso país con que Dios le convidaba para gozar de su reinado, fué sumergido en un profundo sueño, durante el cual de una de sus costillas formó á la mujer: al verla cuando despertó, dijo como para probarnos la estrecha unión que habria siempre entre uno y otro: «Esta ahora, hueso de mis huesos, y carne de mi carne, esa será llamada *varona*, porque de varón fué tomada.»

A poco llevólos al paraíso, lugar de delicias donde gozarian sin fin todos los placeres y alegrías de los bienaventurados.

Yo no sé, niños míos, cómo pintaros y describiros este lugar, como obra de Dios, y obra escogida para recreo, divertimento y solaz del hombre en el estado más purísimo de su inocencia, debía contener todo cuanto de bello y hermoso puede imaginarse la mente humana. Los árboles, como acabados de salir de las manos del Creador, ostentaban riquísimos frutos que convidarian al paladar y alegrarian la vista; las flores que matizaban por todos los lados á aquel inmenso jardín, ¿cuán-

ta belleza y cuánta fragancia no encerrarían en su seno? Debía ser el lugar ameno y frondoso, pues cruzábanle cuatro grandes ríos conocidos bajo los nombres de Fison, Gehon, Tigris y Eufrates. Los animales obedecían sumisos á la voz de Adán, porque el Señor, después de formados, les mandó fuesen á humillarse ante él para que les pusiese nombre y le reconociesen como dueño. Y tanta y tal era la sabiduría que Dios habia infundido á nuestro primer padre, que á todos los clasificó, así á las aves como á los peces, á los cuadrúpedos como á los reptiles.

Todos fueron obedientes á su voz, queridos niños de mi alma; dóciles y humildes concurrieron á su presencia, tanto el poderoso elefante como la débil hormiga, el bravo león como el manso cordero. La hiena, que como sabéis es de fiereza indomable, dócil estaba también allí á la voz del hombre como la más tímida corza, y el águila orgullosa en compañía de la sencilla paloma. ¡Qué cuadro tan admirable, niños míos! Adán, rodeado de todos los seres de la creación, que esperaban sumisos la primera señal para dirigirse al destino marcado! La Providencia nos ofrece en esto un espectáculo bellísimo y sublime. ¡Cuán grande era entonces el poder del hombre y de qué preciosos dones le habia revestido su Creador, y qué sin número de bienes y de riquezas habia esparcido sobre

la tierra sólo para satisfacer sus inocentes placeres!

Sin embargo, todo esto desapareció en un solo momento: y he aquí, amados niños, que hemos llegado á un período triste de nuestra historia. ¡Oh! es muy triste lo que me resta que contaros: quisiera cubrir con un velo esta parte de nuestra verídica relacion; borrar, si posible fuera, esta página de la Sagrada Escritura. Pero no puede ser si se ha de cumplir como exactos narradores y se ha de sacar provecho

de las lecciones de la historia. Digamos, pues, lo que pasó á Adán y á Eva á los pocos días de verse colocados en la deliciosa tierra de que acabamos de hablar... Recuerdo que ahora vais á jugar, y á esa hora de esparcimiento no quiero que vuestro tierno corazon vaya apesadado con la impresion que os causará el relato de lo que aconteció á nuestros primeros padres: á correr, pues, y mañana continuaremos.

(Se continuará.)

R. SEGADE CAMPOAMOR.

EL COCO.

Voy á contaros, hermosos niños, un cuento, que más que cuento es una historia; porque ya sabreis que entre la historia y el cuento existe la misma diferencia que entre la realidad y la ficcion.

Historia es la narracion de los sucesos acaecidos en un pueblo ó en una nacion, y tenidos por verdaderos, á fin de deducir de lo pasado probabilidades para lo porvenir. Historia más propiamente dicho, es la narracion veraz de los hechos más ó ménos memorables y de los acontecimientos pasados en la vida de las cosas ó en la vida de los seres.

Cuento, es la enumeracion de incidentes novelescos gratuitamente

inventados, es la relacion de alguna cosa no sucedida, la conseja ó historia que se hilvana para entretener el ocio ó divertir á los niños.

Hago esta aclaracion, no porque yo crea que mis pequeños lectores ignoran una cosa que saben todos los niños aplicados, sino con el objeto de hacerles comprender que el suceso que voy á narrarles tiene mucho más de histórico que de novelesco.

Pues señor, este era un rey poderosísimo y guerrero. Despues de haber alcanzado grandes victorias contra los enemigos del cristiano, y retirado á disfrutar de sus laureles, casó con una hermosa princesa,

siendo padre, á los cuatro años de matrimonio, de dos bellísimos niños, los cuales se llamaron Fernando y Jimeno.

Fernandito, que fué el mayor, era más hermoso que Jimeno; pero de una constitucion débil y delicada como su madre, miéntras que este último era vigoroso como su padre y como él guerrero y atrevido.

El primogénito y heredero de la corona fué criado con sumo cuidado y esmero; no se le negaba ningun gusto ni se le reprendia jamás, dando motivo con esta clase de conducta á que aquel niño se hiciese voluntarioso en demasía y déspota en absoluto.

Fernandito era, pues, un lloron de siete suelas, y cuando llegaba la noche no dejaba dormir á sus papás con sus impertinencias y sus inmotivados lloros. Esto fué causa de que enojados los padres le entregasen por completo al cuidado de sus ayos, y éstos se encargaron de dormirle, lo cual fué en vano en un principio, porque el llanto de Fernando se hizo insufrible. Viendo la nodriza que con nada lograban acallarle, tomó la perniciosa resolucion de atemorizarle, y para conseguirlo encargó que lo hiciese á uno de los escuderos de su padre, hombre atlético y horrible á quien apellidaban

el *coco*, así por lo terrible de su aspecto como por lo feo de su rostro.

Lloraba Fernandito, y su nodriza llamaba al *coco* con grandes voces, y éste se presentaba en seguida haciendo grandes visajes y ademanes terribles que llenaban de pavor al pobre niño.

Por este medio consiguieron que Fernando dejase la fea costumbre de llorar; pero lograron tambien trocarle de lloron en pusilánime y de voluntarioso en dócil; pero aquella docilidad, queridos niños, era la docilidad de la cobardía.

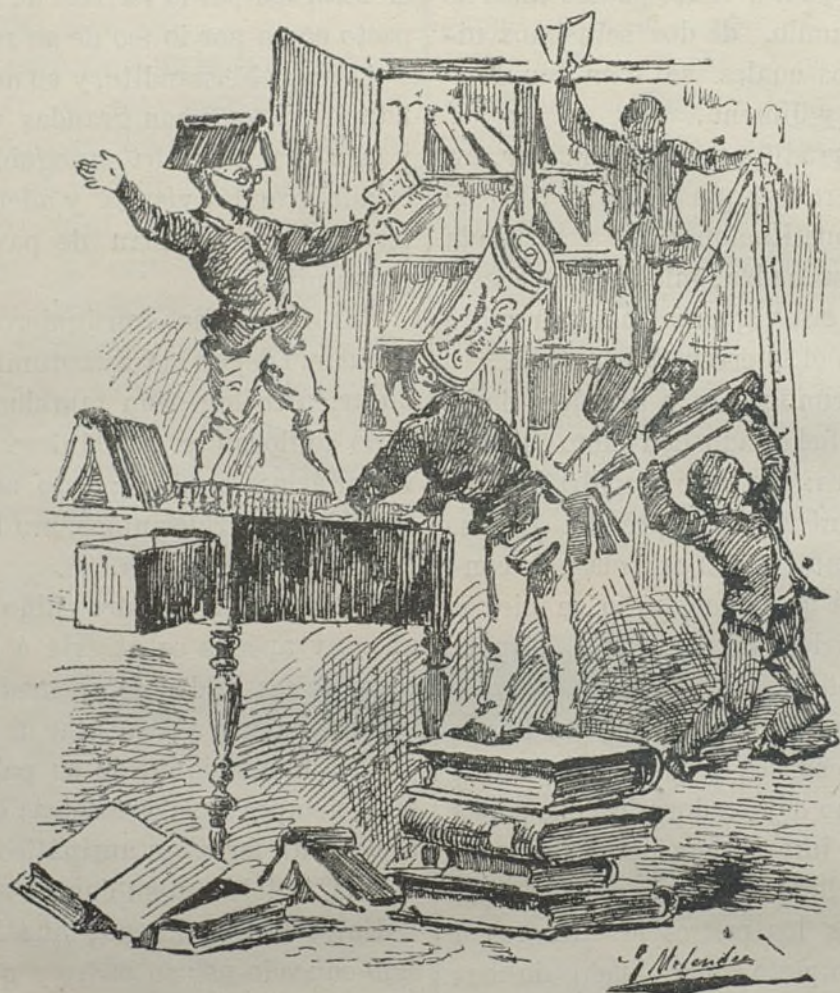
Ya contaba nuestro niño diez años, y apenas se atrevia á separarse de las faldas de su madre, y mucho ménos á transitar á solas por las habitaciones de su palacio, pues siempre creia ver detras de los tapices al feroz y antipático *coco* amenazándole con su daga.

Entre tanto Jimeno, que habia sido educado por su padre y que se reia del *coco* hasta el punto de remedarle con una carántula (1), asustando con ella á su hermanito, entre tanto, repito, era Jimeno á los ocho años todo lo que se llama un guerrero en miniatura, travieso y decidor, valiente y decidido.

(Se concluirá.)

JAVIER SOREVILLA.

(1) Hoy careta.



Los niños que veis no son muy aficionados á los libros de texto, y sería punto ménos que imposible sorprenderles con ellos en la mano; pero, en cambio, así que su papá deja abierta la librería hacen los destrozos que estais observando. ¡Milagro será que el desenlace de esta escena no sea en el cuarto oscuro!

COTOLAY

LEYENDA PIADOSA

POR

RAMON SEGADE CAMPOAMOR.

Conocido es de nuestros lectores y justamente apreciado el nombre del autor de esta leyenda: sólo debemos, por lo tanto, añadir que la prensa periódica la ha consagrado grandes elogios.

Se vende á 2 reales en la librería de Sanchíz, Matute, 2.

LA NIÑEZ.

PRECIOS DE SUSCRICION: 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 un año en Madrid; 16 y 50 respectivamente en provincias.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: Administracion, plaza de Matute, 2.—En Barcelona: librería de Bastinos, Boquería, 47.